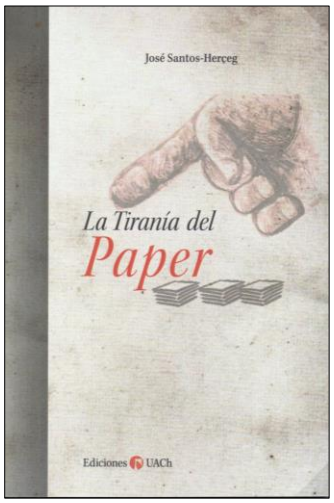

La domesticación del pensamiento[1]

Ricardo López Pérez | Dr. en Filosofía | Académico Universidad de Chile | rilopez@uchile.cl

Comentarios al libro *La Tiranía del Paper, de* José Santos-Herceg
(Valdivia: UACH. 2020. 84 páginas)

Uno:

Aleph es la primera letra de varios alfabetos, entre ellos el hebreo y el persa. Una letra de notorias resonancias. De manera especial, Jorge Luis Borges, en su cuento *El Aleph*, propone una interpretación singular. Nos dice que un *aleph* es un punto en el espacio que contiene todos los puntos del orbe. Un lugar en donde están, sin confundirse, distintas realidades desde todos los ángulos. Equivale a una mirada múltiple y fundamentalmente integradora. Un ideal de completitud y de encuentro. Un rasgo especial de la propuesta de Borges es que el personaje que habla de este hallazgo relata que lo descubrió antes de la edad escolar. Es decir, antes de que su mirada y su pensamiento estuviesen estructurados.

Precisamente, comenzar un comentario de libro de esta manera, es antitético al modo de escritura que representa el *paper*, que se supone escueto, modesto, simple, directo, brevísimo, formateado, ritual, despreocupado del estilo, sin afán retórico, ajeno a figuras del pensamiento, ignorante del contexto, pero ante todo (casi con una ingenuidad cartesiana) de máxima claridad. Tan claro y distinto como para lograr un entendimiento indudable en todos aquellos con la mínima formación (¿será eso posible?). En fin, un modelo de economía y eficiencia en las palabras y ciertamente también en las ideas. La navaja de Occam con su mejor filo.

El riguroso lenguaje de las hipótesis, la demostración y el argumento pretendidamente lógico, eso distingue al *paper*. "En un *paper* no hay lugar para el 'mostrar', sino solo para el definitivo 'de-mostrar" (pág. 77). Se trata de explicar y no tanto de comprender. Están fuera de lugar las narraciones o las simples conjeturas, los testimonios, las propuestas o

[1] Publicado en Revista Chilena de Semiótica Nº 13. Asociación Chile de semiótica. Agosto de 2020.

la expresión poética. Ese es el modo en que el *paper* hace evidente su "voluntad de verdad".

El *paper* es efímero, sin vanidad, sin pretensiones, no aspira a permanecer. Este carácter efímero es la primera característica que Santos-Herceg menciona. Es preciso tener en cuenta que esta fugacidad no es semejante a la de una nota periodística, que simplemente se desvanece porque nuevos sucesos ocupan el lugar de los anteriores. El aporte del *paper*, por limitado que sea, se integra a poco andar en un continuo: corregido, superado o refutado, ahora será parte de un todo mayor. En el trasfondo late la idea de progreso, de modo que cada fragmento se inscribe en un supuesto movimiento de elevación.

Esto acarrea otra consecuencia. Es exigible que las referencias bibliográficas sean preferentemente de data reciente, tal vez no más de cinco años. No se dialoga con textos señeros, resistentes al paso del tiempo, con un valor permanente. El progreso hace que cada contribución pierda rápidamente su identidad, porque en cada caso se integra en un conjunto que se renueva en una superación constante. Un estudiante de física ya no necesita leer a Newton, aun cuando sea el científico más grande de la historia. Sus aportes fueron recogidos para dar lugar a otros avances, así como él mismo pudo apoyarse en aportes anteriores.

Pero las cosas son algo más complejas, dado que inversamente un estudiante de filosofía siempre deberá leer a Platón, a Descartes o a Nietzsche. Igual que un estudiante de psicología tiene el deber de leer a Freud, el de sociología se interesa en Weber, el de antropología lee a Lévi-Strauss, y el de historia con alguna frecuencia vuelve a sus raíces con Heródoto y Tucídides.

Wilhelm Dilthey planteaba que a las ciencias de la naturaleza les corresponde explicar y a las ciencias del espíritu comprender. No es una cuestión menor: explicar y comprender apuntan a dos formas muy diferentes de construir conocimiento. En una puede ocurrir que haya un movimiento sostenido en una dirección deseada, un cambio hacia un estado superior, pero eso no se replica en todas las disciplinas. Mientras que los problemas científicos del pasado están en muchos casos resueltos, superados o simplemente abolidos, los de la filosofía (las humanidades en general) admiten siempre nuevas respuestas. Algo parecido puede decirse del arte en donde no es evidente que el pasado sea inferior al presente. A diferencia de lo que sucede en el ámbito de las ciencias, las filosofías de la antigüedad nos siguen hablando, del mismo modo como siguen estando vigentes las grandes obras de los artistas, músicos, escritores o poetas de otras épocas. Cualquier gran obra de arte (pintura, música, literatura, escultura, danza o arquitectura) puede ser permanente sin importar su partida de nacimiento. Por esta razón es posible hablar de lo clásico, para referirse a obras sin tiempo, que pueden ser apreciadas, reinterpretadas y observadas cada vez como si fuesen actuales.

Cuando se demuestra que una teoría científica es falsa, cuando un nuevo hallazgo la refuta, sencillamente cae en desuso y pasa al domino de la historia. Al contrario, las

cuestiones filosóficas sobre la existencia formuladas por los grandes maestros siguen presentes.

Desde este punto de vista, la filosofía se acerca más a las humanidades o al arte. Sería difícil demostrar que las obras de Picasso o de Magritte son más bellas que las de Van Gogh o Rembrandt. O que Shakespeare es superior a Homero o Sófocles. O que Wagner es más grande que Bach. O, en fin, que las reflexiones de Kant o Nietzsche en torno al sentido de la vida son mejores que las de Epicuro, Epicteto o Buda. Existen propuestas sobre modos de vivir o entender la vida, actitudes que se adoptan ante la existencia, que nos siguen hablando a través de los siglos, y que difícilmente quedarán obsoletas. Así, por mucho que las teorías científicas de Aristarco, Ptolomeo o Hypatia estén superadas, y no tengan otro interés que el puramente histórico, desde una perspectiva filosófica podemos seguir bebiendo en la sabiduría de los antiguos, como podemos seguir apreciando la arquitectura griega, el arte florentino o la caligrafía china, aún en el siglo XXI. Así, pues, los grandes logros de la creatividad humana no necesariamente encarnan algún tipo de progreso.

Dos:

Aun así, ¿dónde está la relación? El libro de José Santos-Herceg trata del *paper*, pero no se agota allí. Es mucho más, de allí su sugestivo subtítulo: *De la Mercantilización a la Normalización de las Textualidades*. El *paper* es la ocasión, casi el pretexto, para mostrar un complejo escenario en que se entrecruzan intereses comerciales, académicos, institucionales, políticos, ideológicos, así como esfuerzos individuales. Una trama de poder que en lo fundamental está insinuada, apenas señalada, más que expuesta en sus detalles. El *paper*, como si fuese un lente de aumento, un punto privilegiado, permite ver una realidad que se oculta y para la cual se necesita una mirada renovada. Por cierto, para semejante asunto se repiten las referencias a Michel Foucault.

Michel Serres acudía a la metáfora del arlequín, este extraño personaje de la comedia italiana del siglo XVI, vestido con un traje multicolor, con un sombrero con puntas y antifaz. Figura curiosa que siempre tiene otro disfraz bajo el que acaba de quitarse, sin que sepamos exactamente qué muestra y qué encubre. Imagen híbrida, hermafrodita, mestiza, compuesta, hecha ante todo como una mezcla.

Tal vez no era necesario acudir a Borges o a Serres, hubiese bastado con citar a Solón de Atenas: “Deduce lo invisible de lo visible”.

El *paper* es entonces un género literario, una forma de escritura, un estilo particular del discurso, y en esa condición posee características determinadas. Tiene un origen y una residencia bien definidas en las ciencias naturales o en las ciencias básicas. Hasta este punto no parece haber un grave asunto, excepto que falta mencionar que el *paper* ha mostrado una vocación hegemónica desplegada hasta aquí con bastante éxito. Ciertamente nada impide que distintos géneros convivan y hasta se potencien, pero la denuncia del libro es que las cosas no han cristalizado en esa dirección: “El *paper*, en tanto que uno más de los géneros posible de escritura, se ha ido instalando de un tiempo

a esta parte como el modo privilegiado de escritura en el ámbito de las ciencias humanas" (pág. 57).

El *paper* ha invadido un espacio que no le pertenece. Para decirlo de una vez: quienes venimos de la filosofía, de las humanidades y parcialmente de las ciencias sociales o humanas, no escribimos *paper* (al menos no preferentemente). Con un mínimo esfuerzo es posible advertir la virtuosa diversidad que se da en estas disciplinas: "Entre los múltiples rostros de la forma literaria de la Filosofía podría mencionarse el diálogo, el aforismo, la carta (auténtica o ficticia), la plegaria, la meditación, el fragmento, el manual, los poemas, las diatribas, las biografías y las autografías, los ensayos, las meditaciones, los relatos utópicos, las exhortaciones, las *summas* y los tratados, los artículos y los *paper*" (pág. 47). Agreguemos confesiones, memorias, tesis, panfletos, diccionarios,… el listado no termina.

El vocablo artículo tiene un sentido genérico, y cabe para distintos modos de escritura. Con más precisión podemos hablar de ensayo, para indicar un texto generalmente breve sobre un tema específico en el que se proponen y se prueban ideas, se plantean interpretaciones nuevas, se abren caminos al pensamiento. Una obra abierta, normalmente inacabada, asumida con libertad, y en la que se puede observar un fuerte componente crítico. Siempre un buen ensayo expone una tesis personal, y por ello el autor está obligado a defender lo que ha escrito. Es, ante todo, una manifestación de creatividad intelectual, de modo que es especialmente adecuado para expresar la duda, la crítica, el escepticismo en general.

Un ensayista no tiene que dominar unas técnicas de investigación, con sus pasos y reglas, o respetar alguna estructura dominante, con divisiones o capítulos. Carece de un método formal, es discontinuo, y no está obligado a someterse a una forma definida, pero si requiere conocimientos, sentido reflexivo y manejo de lenguaje. El ensayo debe recurrir, en la medida de lo posible, a un lenguaje riguroso, pero, dentro de la libertad que lo define, puede permitirse elaboraciones literarias no convencionales. Se ha escrito que es el centauro de los géneros, porque en él encontramos asociaciones no previstas: filosofía, ciencia y arte, razón, intuición y emoción, tradición e innovación, fantasía y lógica. Fue el filósofo Montaigne en el siglo XVI quien utilizó por primera vez este término, para definir algunos de sus escritos, en los cuales nunca pretendió establecer verdades sino reflexiones.

Entre un ensayo y un *paper* hay una diferencia fundamental: son dos formas de pensar distintas. Una cuestión medular es la relación que se establece con el sentido del tiempo. El *paper* se inscribe en una economía de la eficiencia, el texto filosófico en un tiempo abierto: surge en el contexto de una meditación particular, comúnmente de un recorrido bibliográfico intenso, y sometido a una lucha tenaz con las palabras. Con frecuencia no pretende demostrar, pero si construir relatos. Humberto Giannini ha dicho que una idea tiene sus exigencias de espacio: para crecer y multiplicarse, para alcanzar la conciencia de otros seres humanos, necesita aire, del papel, necesita la tribuna y de un auditorio libre.

Un ensayo es también argumentativo, sin duda, pero en un contexto muy distinto. El ensayo tiene su propia diversidad, no se reduce a una formula única, y sin duda puede integrar al *paper*. Suele ser narrativo más que demostrativo. Recurre a un modo del pensar que interpreta el mundo y asigna valor a las personas y a las cosas, a través de relatos verosímiles, a lo que se acepta como posible, sin acudir a la noción de verdad como algo indudable. Narrar o relatar equivale a una manera de conocer y de trasmitir lo que se conoce. Un texto narrativo incorpora lingüísticamente una serie de acontecimientos ocurridos en el tiempo, y que se presentan dentro de una coherencia temática o una secuencia causal.

Se entiende que una narración produce conocimiento, precisamente en la medida en que revela vínculos, y crea por tanto nuevas formas de comprensión de la experiencia. Normalmente un relato no aporta explicaciones, en el sentido estricto del término. La narración es una forma de pensamiento que expresa visiones de mundo al interior de una cultura. Contiene encadenamientos contingentes sin que haya una conclusión suficiente. Son las narraciones las que permiten construir una imagen de nosotros mismos en el mundo, y a través de ellas una cultura ofrece modelos de identidad y de acción a sus miembros.

Tres:

El rápido avance, nombradía y hasta prestigio del *paper* no es meramente casual. Uno de los aspectos críticos destacados del libro de Santos-Hercog se relaciona con poner a la vista la trama en la cual ocurre este fenómeno. Igualmente, con señalar sus consecuencias.

A juicio del autor hay una evidente mercantilización de las textualidades académicas, en el marco de una creciente complejidad. Ya no se trata sólo de que "todos los hombres, por naturaleza, desean conocer", como afirmaba Aristóteles en la frase que abre su *Metafísica*. Más todavía, tampoco se trata de que "amamos el conocimiento y el saber porque amamos la vida", como el mismo filósofo se atrevió a decir. Evidentemente, esta magnífica idea que nos dejó la cultura griega, en cuanto a que el conocimiento hace mejor al hombre, queda como una cuestión fantasiosa. Convengamos que la Modernidad había hecho su parte para avanzar en una racionalidad fuertemente instrumental: Bacon nos enseñó que el "conocimiento es poder", y Descartes orgulloso hacía notar que llegaremos a ser "como dueños de la naturaleza".

Ahora estamos en un universo de incentivos a la productividad que busca aumentar la eficiencia en materia de publicaciones: "La cantidad es lo que interesa en primer lugar" (pág. 22). Los escritos, los *paper*, como forma privilegiada de la comunicación académica, son principalmente productos en un mercado en donde participan varios actores. La división del trabajo es notoria y las rentabilidades son desiguales (no cabe decirlo).

En una larga entrevista publicada en el libro *Parábolas y catástrofes*, hace más de cuarenta años, René Thom afirmaba que la cantidad no guarda relación con la calidad ni con el progreso. El problema real, decía, no es decidir si una ciencia progresa contando las publicaciones, sino evaluar la calidad de ese progreso. Consideradas en conjunto, las

ciencias han tenido una notable producción desde los años cincuenta hasta aquí, pero este progreso ha sido cualitativamente mucho menos significativo de lo que cabría esperar de una forma razonable: “Las estadísticas ponen bien de manifiesto que hemos tenido más científicos desde 1950 que en toda la historia precedente de la humanidad. ¿Podemos por ello afirmar que el progreso aportado por este amplio grupo de científicos es comparable a los aportes del pasado? en absoluto. En los hechos se ha producido un estancamiento en el crecimiento del conocimiento después de los años ‘50. Es cierto que la inflación experimental de la ciencia moderna ha llevado a un desarrollo considerable de la producción científica, sin embargo, hay que admitir que gran parte de esta producción carece de interés. Basta echar una mirada a revistas como *nature* o *science*, para advertir la escasez de consecuencias derivadas de la comunicación de esos resultados”.

La conclusión es clara: allí donde no existe reflexión, allí donde el pensamiento no hace su trabajo crítico, la ciencia no es más que una colección de archivos. Los grandes progresos científicos no se deben meramente al descubrimiento de nuevos hechos, ni a la reiteración de hechos conocidos, sino a nuevas maneras de pensar e interpretar. Muchos autores se han sumado a esta discusión. Edgar Morin más recientemente a dicho: “El conocimiento progresa principalmente, no por sofisticación, formalización y abstracción, sino por la capacidad de contextualizar y globalizar”.

Todo lo anterior considerando que en los ambientes universitarios los *paper* rara vez se leen y discuten. En primer lugar, porque el volumen es tan alto que el tiempo no alcanza. Al margen de la motivación, la ética y otras variables significativas, es evidente que la producción textual actual en todo orden es de tal magnitud que no puede ser abordada de manera individual. Se agrega, sin embargo, un elemento disonante, porque aún sin ser leído, el *paper* cumple una función clave cuando ayuda a completar el currículum. Un curioso hábito universitario, llevado a la sofisticación, consiste hoy en contar las publicaciones, al margen que se lean o no. Motores de búsqueda mediante, un tesista sabrá con precisión, y en pocos minutos, cuántos cientos de *paper* existen sobre su tema.

En este marco, el libro enfatiza el surgimiento y rápido desarrollo de los sistemas de indexación de revistas académicas, y sus insidiosas formas de corrupción. Destacan dos aspectos clave. Por una parte, en relación con las organizaciones dedicadas al negocio de la indexación, afirma Santos-Herceg: “Estas empresas simplemente no pueden asegurar aquello que dicen asegurar: que ciertas revistas publican solo textos de la más alta calidad o que ciertos autores son aquellos cuyo trabajo tiene mayor repercusión. En otras palabras, se les paga a empresas por un producto que ellas no pueden ofrecer. Se instala, pese a ello, como una ficción que todos prefieren creer. Ellas venden en el fondo, una ilusión que a muchos parece acomodarles” (pág. 38).

Así, un punto fuerte es la venta de ilusiones, pero hay más. Todo este sistema permite el surgimiento de novedosas interacciones tramposas, de engaño y auto engaño, ciertamente reñidas con la más elemental ética universitaria: “Incluso han aparecido nuevas modalidades, renovadas formas de corrupción. Surgen así modelos de plagio nunca antes vistos, incluso el auto plagio se ha generalizado. La figura del ‘plagiario

serial' ha sorprendido a todos: carreras académicas completas fundadas sobre el robo de ideas y de textos. Se multiplican las autorías ficticias (cuando se incluye como autor de un trabajo a alguien que no ha contribuido a su desarrollo), se instalan prácticas como las llamadas "publicaciones salami" o fragmentadas (cuando se divide un escrito, con el objeto de transformarlo en la mayor cantidad de publicaciones posible) y las 'redundancias literarias', entre otras cosas" (págs. 50-51).

No es tan seguro que el plagio en la academia sea tan novedoso, pero es evidente que hay un incremento en este tipo de prácticas, y hasta algunos intentos de dotar al plagio de una conveniente metafísica.

Hay un aspecto adicional, que el libro solo consigna de manera breve, casi al pasar: "Por otra parte está, sin duda, el tema de la acreditación que pasa en gran medida por la productividad de la institución" (pág. 26). Conviene advertir que la acreditación, tanto institucional como por carrera, debidamente sometidas a ley, ha generado una variedad de prácticas que la academia de hace unos veinte años no conoció. Un conjunto de exigencias de productividad, como está dicho, pero también una nueva métrica de la cual ya no podemos escapar. Se esconde aquí un aspecto sombrío que merecería una reflexión más sostenida.

Cuatro:

Falta todavía un aspecto final, sin lugar a dudas el de mayor relevancia, desde una perspectiva estrictamente universitaria. Santos-Herceg reitera a lo largo del libro, que todo esto tiene su mayor y más grave impacto en los obstáculos que aparecen para la propia actividad intelectual. Es el pensamiento y su vocación reflexiva y crítica, necesitada de libertad, el principal damnificado en este proceso.

Veamos: "El ámbito de la producción de textualidades, de la escritura, es hoy un lugar fuertemente dominado y, por tanto, se trata de una escena extremadamente conflictiva. El modo de control aquí se ha ido sofisticando, haciéndose cada vez más sutil, más difícil de captar y, por lo mismo, mucho más eficiente" (pág. 13). "Tanto la proliferación desmesurada de textos como la restricción de los formatos pueden ser entendidos como expresión del temor ante la peligrosidad del discurso humanista y, por lo tanto, del interés de dominio y control sobre él" (pág. 48).

En particular esta consecuencia es grave, si se piensa que la universidad en su sentido más fuerte, desde la Academia de Platón y en toda su historia, se constituye como un espacio de privilegio y de libertad para el ejercicio del pensamiento. Santos-Herceg insiste acudiendo a un autor obligado en esta materia: "Foucault propone una distinción entre 'discursos fundamentales y creadores', por una parte, y 'discursos que solo repiten, glosan o comentan', por la otra. Quisiera agregar a esta diferencia los 'discursos críticos, destructivos y denunciantes" (pág. 78).

Hacia el final el autor concluye: "Lo central, sin embargo, es vislumbrar las consecuencias que esto tiene para el trabajo intelectual en general y las repercusiones que representa para nuestra tradición de pensamiento". (…) "Se trata de la sistemática imposición de

una estructura que permita controlar el discurso, que los mantenga dentro de márgenes que acallen su voz más sorprendente y que silencie lo más rupturista o fundamental" (pág. 80).

Restricciones, control, temores, repeticiones estériles e imposiciones, son las manifestaciones concretas de un intento de domesticación del pensamiento, por lo demás reiterado en la historia. En efecto, esto no es nuevo: Sócrates vivió la más grave de las consecuencias por hacer las preguntas más molestas, y Bertrand Russell a partir de su propia experiencia concluía que los hombres temen al pensamiento, por su carácter subversivo, destructivo y despiadado con los privilegios. La filosofía ha sido la disciplina que más ha hecho por el desarrollo del pensamiento, pero no está libre de retrocesos y renuncias. Desde la década de los '80 cuando Pierre Thuillier publicó su *Sócrates funcionario*, hasta posiciones contemporáneas como las que ha defendido Michel Onfray, el panorama presenta aciertos y notorios fracasos.

De cualquier forma tiene algo de estimulante recordar una defensa de la filosofía en el sentido que algunos creemos genuino. Escribe Onfray en su libro *Cinismos*: **"**¿Quién es filósofo? Ciertamente no lo es el universitario que tritura conceptos, clasifica nociones y redacta sumas indigestas a fin de oscurecer las palabras del autor analizado. Tampoco lo es el técnico, por brillante o virtuoso que parezca, cuando se rinde a las retóricas nebulosas y abstrusas. Filósofo es aquel que, en la sencillez y hasta en la indigencia, introduce el pensamiento en la vida y da vida a su pensamiento. Teje sólidos lazos entre su propia existencia y su reflexión, entre su teoría y su práctica. No hay sabiduría posible sin las implicaciones concretas de esta imbricación".

Infortunadamente el mismo autor no es demasiado optimista. De su *Antimanual de filosofía*: "La historia oficial de la filosofía se construye generalmente con pensamientos cuya carga explosiva, real en su época, se ha desactivado, y que subsisten como monumentos, en adelante, inofensivos".

En síntesis, el libro de José Santos Herceg es un libro oportuno para los tiempos que corren, pero no parece destinado a ser popular. Es un ejercicio crítico que corresponde a una buena práctica de la filosofía. Sus propuestas son directas y sugerentes, pero requieren todavía de mayores matices. Es en parte un escrito de combate, y en esa condición no entra en refinamientos académicos. Aborda con certeza aspectos que ciertamente requieren una mirada renovada, destinada a molestar a quienes ya están en la comodidad de un tranquilo sentido común. Maurice Merleau-Ponty decía que una tarea del intelectual es producir mal humor en sus contemporáneos, y es probable que este libro pueda lograrlo si pasa la barrera de la indiferencia.

Para cerrar, es un acierto que el libro recuerde a algunos viejos maestros chilenos del pensamiento como Jorge Millas, Félix Schwartzmann, Humberto Giannini, Juan Rivano y Carla Cordua (maestra en este último caso). Aceptando el riesgo omitir a más de alguien, a esos nombres creo justo agregar a Gastón Gómez Lasa, Roberto Torretti y Mario Orellana.